

Los últimos enigmas de Roger Caillois

Entrevista de Jean-Paul Enthoven y
Héctor Bianciotti

Ha comparado usted su vida con un río mítico, el río Alfeo, que desemboca en el Mediterráneo, atravesándolo de lado a lado, antes de salir intacto para correr en una isla... ¿Es una manera de decir que después de haberse sumergido en el océano de los libros emerge hoy con la sensación de no haber aprendido nada en ellos?

Roger Caillois — Mire, aprendí a leer tarde y por casualidad. Fue al terminar la primera guerra mundial; las escuelas habían sido convertidas en hospitales, en enfermerías y los maestros estaban todavía en los cuarteles o en el frente... Por lo tanto, pasé por una especie de analfabetismo prolongado y todo lo que sabía o conocía me llegaba a través de palabras oídas, nunca a través de palabras escritas. De ahí esa desconfianza de la que nunca me he apartado con respecto a las palabras que, en primera instancia, no implican cosas.

Más tarde, a medida que escribía libros o que leía — y leí con avidez, con una especie de rabia —, almacené conocimientos que terminaron por asustarme. Al ver tanta profusión de palabras nuevas, de palabras inventadas, de giros, en fin, esta continua puja verbal, me vino un poco de pánico y pensé que había que detenerse, que había que hacer un alto en el océano de los signos y recurrir, urgentemente, al mundo real.

—Extraño, de todos modos... Usted, el erudito, declara sospechosa la erudición.

R.C. — Declaro, más simplemente pero con más seguridad, que todos los libros, toda la cultura humana por vasta que sea, caben en el hueco de la mano. Que no significan nada ante el universo material del que pretende rendir cuentas.

—¿Desconfía de la inteligencia?

R.C. — De ningún modo. Desconfío más bien de aquellos que, en nombre de la inteligencia, descalifican las cosas en pro de las palabras. De eso desconfío, de eso tengo miedo.

Por lo demás, creo que la escritura siempre le ha dado miedo a los hombres. Cuando fue inventada en China, el filósofo Lao Tse se espantó: ¿y cómo no espantarse, en verdad, ante esta curiosa magia que permite, por así decirlo, hablar en el vacío y, sobre todo, hacer nacer cosas que quizás no existen? Para el pensamiento, lo real es de algún modo una "garantía-oro", como dicen los financieros. Si no está ahí, la inflación amenaza; en aquel momento Lao tuvo razón al exclamar: *Los obligaré a volver a las cuerdas anudadas...*

—¿Y por qué las cuerdas?

R.C. — En esa época, para materializar sus pensamientos los chinos hacían nudos y a cada nudo correspondía una idea. Era su modo de testimoniar una gran consideración por las cosas reales.

— Pero esos nudos ya eran signos o, para hablar como los lingüistas, "significantes" tan abstractos como la palabra o la idea...

R.C. — Sin duda, pero se trataba de un simbolismo mínimo, prudente. Nada que ver con la increíble proliferación de símbolos a que asistimos hoy y que ahonda un foso terrible entre los hombres y lo concreto.

Hoy, hasta las grandes decisiones que cuestan la vida a millones y millones de personas, se fundan y ejecutan sobre signos, jamás sobre la realidad. Se envía gente a la muerte haciendo cruces sobre listas, sobre registros; y probablemente por esa razón se es menos severo frente a alguien que mata a muchos millones de hombres — puesto que no los mata realmente sino que hace cruces... — que frente al que comete un asesinato concreto. El terror comienza siempre con la abstracción y los sabios de la antigua China lo sabían cuando, al ofrecer al mundo la escritura, tuvieron el sentimiento trágico de jugar a los aprendices de brujo.

—¿Deplora sinceramente la invención de la escritura? ¿O se trata de una pequeña paradoja suplementaria?

R.C. — A decir verdad, detesto los universos redundantes, repetitivos. Detesto los espejos que multiplican la imagen, detesto la procreación y los novelistas que agregan criaturas a un mundo ya demasiado poblado. Y ocurre que la escritura es el vehículo privilegiado de esta multiplicación de los mundos... Por eso decidí cerrar ese paréntesis que se abrió en mi vida cuando dejé de no saber leer o escribir. Ahora trato de recuperar una sabiduría anterior, de dar con lo que yo era antes de atravesar el mar, como Alfeo...

—¿Como Alfeo, habría atravesado usted la vida sin enriquecerse con ningún encuentro, con ninguna idea nueva?

R.C. — Creo que las ideas nuevas no existen. Sólo hay ideas que infatigablemente vuelven, recurrentes. Es el eterno retorno bajo otra forma. Lo raro es que esas ideas renacen siempre bajo formas cada vez más complicadas y cada vez más ininteligibles. Para convencerse basta echar una ojeada sobre todo lo que hoy se imprime y se dice. El hermetismo conduce el juego y todo ocurre como si se quisiera opacar lo que en el origen era sólo pura transparencia.

— Si su diagnóstico es justo, ¿cómo explica la fortuna de todos esos hermetismos?

R.C. — La cuestión del hermetismo es, ella misma, muy complicada. En el curso de los años el hermetismo

ha respondido a diversas determinaciones exteriores: a la necesidad, por ejemplo, de escapar a las persecuciones. Pero, a partir de la imprenta, sucede otra cosa: cada uno quiere tener un lenguaje propio y cuanto más propio es, resulta menos comprensible. De ahí este amontonamiento cotidiano de escritura que nos confunde, esta proliferación ciega del pensamiento.

No me opongo al pensamiento, como podrá imaginar; pero estoy contra la cogitación, es decir el pensamiento que ha perdido su suelo, que se nutre exclusivamente de controversias y de originalidad.

—¿La originalidad sería también ella un síntoma malo?

R. C. — Evidentemente... Por desgracia hoy la originalidad ha sido promovida al rango de las cualidades literarias. Pero no es una cualidad... Ser original no consiste en no imitar a los demás, consiste en ser inimitable. Lo importante en un poeta es el tono, el momento en que reconocemos un verso suyo. Por eso es muy difícil ser poeta — más difícil que ser matemático o físico, ya que estos últimos sólo tienen problemas de lenguaje pero no de tono o de ritmo.

Tomemos el caso de Rimbaud: empezó por obtener el primer premio de versos latinos en el Concurso general. Luego escribió como Théodore de Banville, luego como Leconte de Lisle, luego como Victor Hugo, luego como Théophile Gautier; ensayó todos los estilos y al fin encontró el suyo. Lo tomo como ejemplo porque su evolución fue muy rápida: cuando llegó al final, pues bien, también él cerró una especie de paréntesis y se fue a comerciar al África...

No creo en lo infinito, en lo indecible, en lo indemostrable y todo eso. Creo en un universo finito. En consecuencia, el número de las ideas es forzosamente limitado. Una vez que han hallado su expresión, la forma está completamente identificada con la propia idea, lo demás es apenas refinamiento inútil, adornos. En una palabra, amaneramientos...

—¿De ahí la búsqueda de lo que usted llama una "imaginación justa"?

R. C. — Sin duda es la expresión que más me gusta. Lo que yo llamo "imaginación justa" es no escribir nada que no esté garantizado por alguna realidad, dado que la realidad garantiza infinitamente más cosas que lo que suele creerse. Detesto lo arbitrario, lo fantasista. No basta que haya imaginación; es necesario además que la puesta en imágenes corresponda a un sistema de ecos, de referencias, en los datos del mundo. Siendo el mundo finito, como ya dije, las cosas necesariamente se repiten en él, se mezclan, se encabalgan. Eso permite la poesía, que es la ciencia de los pleonasmos del universo, la ciencia de las correspondencias.

—Ya lo dijo Baudelaire.

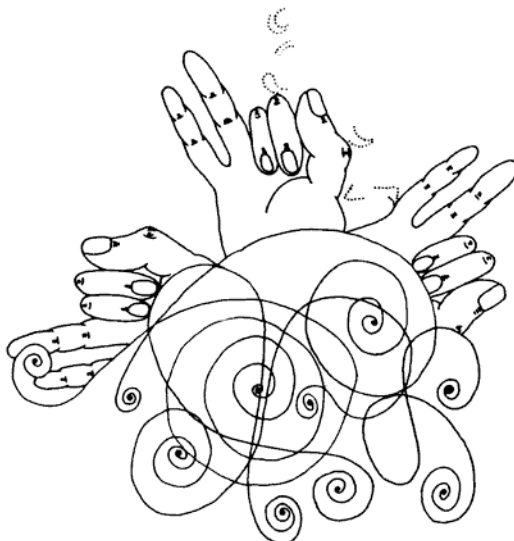
R. C. — Sólo que Baudelaire fundaba su intuición en Paracelso, en Swedenborg y en su extraño misticismo, mientras que yo me intereso fundamentalmente en Mendeleiev y su clasificación periódica de los elementos.

—¿De qué modo la clasificación periódica de los elementos justifica o funda una concepción de la poesía?

R. C. — En 1869, Mendeleiev demostró que el universo estaba fundado sobre muy pocos elementos que no están ordenados de cualquier modo, que se repiten constituyendo una especie de sistema en donde todo se cruza y se responde. Había tenido que dejar lagunas en su tabla: compartimientos vacíos, que no podía asignar a ningún cuerpo conocido.

Pero Mendeleiev se arriesgó a describir las propiedades de los tres cuerpos llamados a llenar las casillas vacantes en su tablero. Su genio consistió pues en describir las propiedades de tres cuerpos que los químicos no habían encontrado todavía nunca en sus experiencias. En menos de veinte años los tres cuerpos hipotéticos cuya filiación —el peso atómico— había establecido, fueron descubiertos...

No tiene sentido buscar guijarros en la Luna, porque



se sabe muy bien qué hay no sólo en la Luna sino en todos los astros posibles —no sólo reales sino posibles. Mendeleiev demostró que en ella no podía haber otros cuerpos fuera de los que figuraban en su tabla.

Pues bien, yo le atribuyo una importancia igual a Saint-John Perse porque por su parte construyó tablas de sensaciones que se corresponden. En las largas enumeraciones de *Anabase*, en *Amers*, toma todas las sensaciones emparentadas, que están en connivencia, que son cómplices, que corresponden a un mismo estado de ánimo, y las toma absolutamente de todas las épocas, de todas las culturas y de todas las latitudes; simplemente las pone cabo con cabo y de ahí surge una coherencia en la cual radica, en mi opinión, la fuerza de su poesía. En cambio, la poesía moderna, en gran parte, es una poesía que le otorga una exagerada intervención al azar y que especula con la sorpresa... Una "sorpresa" debe estar rodeada y precedida por mucha reflexión; de lo contrario es simplemente deslumbradora, en el sentido en que no deja ver nada, en que engece. Y la finalidad de la poesía sigue siendo lo que en *Le Fleuve Alphée* llamé "la calma del alma", es decir el reconocimiento de cierta felicidad alcanzada no por éxtasis, porque no me gustan las palabras excesivas, sino por clara o calma, por serenidad.

—En sus últimas obras, *Approches de la poésie* y sobre todo, *Le Champ dessinés*, llega así a una especie de poética generalizada del universo...

R.C. —Trato... Del mismo modo que para mí la imaginación no es más que una prolongación de la materia, pienso que la poesía no es un fenómeno puramente humano y que no es un fenómeno debido sólo al lenguaje.

Sí, ahora sólo me ocupo de describir piedras, para demostrar que en el interior de las piedras y en el modo en que dan con su forma hay una especie de reducción, de miniaturización de todas las cosas que existen en el mundo. La imaginación se jacta de bordar a su manera y proclama en el interior de una piedra que el rigor y el abandono no hacen sino atarearse en un cañamazo inmortal, invariable. Las mismas consignas misteriosas gobiernan la inextricable libertad mental y la gravedad mineral...

—En el fondo, los objetos le interesan más que los hombres...

R.C. —¡Oh, no sólo los objetos! También los poemas y las imágenes. Pero, muy niño —no sabía leer, por lo tanto no podía tratarse de poemas— hubo un objeto, un mosquetón, que me impresionó mucho. Lo que me llamó la atención fue en primer lugar su parecido con una cuchara y luego con el hueso del muslo de un conejo. No entendía, eso me asombraba. ¿Por qué esas formas semejantes? Después el mimetismo de los insectos me interesó mucho y escribí un libro sobre el "fulgore porta linterna".

—Pasó usted, pues, de los objetos a los insectos...

R.C. —Sí, pero siempre en nombre del mismo asombro ante las formas que están en correspondencia, que se parecen.

Volvamos al ejemplo del "fulgore porta linterna": lo vi por primera vez en lo de André Breton, que tenía una caja llena. Era una especie de cigarra de la Guayana y del norte del Brasil que en lengua indígena se llama "cabeza de cocodrilo". Esta cigarra tiene una protuberancia frontal hueca, sorprendentemente parecida a una cabeza de cocodrilo, con los ojos y los dientes. Hubo una gran

polémica sobre ese tema y reuní casi todos los elementos; unos decían que sólo la imaginación de un poeta podía llevar a pensar que esta protuberancia vacía recordaba una cabeza de cocodrilo. Otros decían que la semejanza era sólo fruto del azar, etc.

En fin, el asunto me pareció urticante y terminé por encontrar que no tenía sentido. ¿Por qué y mediante qué procedimiento la cabeza de un insecto podía tener una quitina dispuesta a parecerse a una cabeza de cocodrilo, cuando este insecto era arborícola, es decir, vivía sobre los árboles, donde no hay cocodrilos? En suma, había toda clase de razones por las cuales no podía tratarse de mimetismo y ahí descubrí un elemento que después fructificó mucho en mi espíritu: y es que la cabeza del fulgor y la cabeza del cocodrilo se parecen porque las formas que produce el terror existen en el universo en número limitado y, por lo tanto, forzosamente hay coincidencias, repercusiones y series. ¿No estamos ante una aplicación, en otro dominio, de las tablas de Mendeleiev?

Luego, y dentro del mismo espíritu, escribí mi estudio sobre la mantis religiosa. Como usted ve, los insectos me sirvieron de transición entre el estudio poético del mundo mineral y el del mundo biológico... Pero en ese tiempo, todavía integraba el grupo surrealista y tuve algunos altercados famosos con los papas de esta secta...

—¿Cómo, estando obsesionado por la realidad del mundo, pudo llegar a ser surrealista?

R.C. —Mi adhesión al surrealismo data de 1932. Luego de una encuesta en un periódico de la tarde sobre el gusto literario de los alumnos de las clases preparatorias de las "grandes écoles" —Roger-Gilbert Lecomte y René Daumal eran entonces mis condiscípulos en el liceo de Reims—, fui como reclutado por André Breton. Fui un miembro fiel, fanático del grupo surrealista, conocedor de las consignas y de los textos sagrados. Pero mi intención era la de desacreditar en lo posible toda la literatura sustituyéndola por el estudio de los impulsos y de los instintos...

Por lo demás pronto estuve en contra de la escritura automática, que no me parecía en modo alguno capaz de revelar el verdadero funcionamiento del pensamiento, que es lo opuesto al automatismo. Pienso que la escritura automática era una especie de santo y seña, de "¡Reúnanse en torno a mi penacho blanco!" que permitía a los surrealistas una actitud pasiva y deslumbrada ante lo maravilloso. Lo fantástico tendría que haber sido una incitación a la búsqueda, no el soporte de una devoción complacida.

Acuérdese de los famosos "frijoles bailarines" que uno de nosotros había traído de México. Breton quería que desvariáramos sobre el prodigio. Yo propuse que mejor abriéramos uno de los granos para comprobar si no había un insecto o una larva dentro, que era precisamente lo que ocurría. A raíz de eso hubo una disputa y al día siguiente rompí con el grupo.

Luego, Breton volvió muchas veces sobre esta historia, modificando un poco lo que había pasado, porque, cosa curiosa, se había ido acercando a mi punto de vista, sin aprobarlo nunca, por otra parte...

Al margen de esto, Breton enriqueció mi mundo y aunque jamás merecí el hermoso título de "brújula mental" con el que llegó a calificarme, mediante una de esas hipóboles laudatorias que le eran habituales, al menos imantó mi sensibilidad hacia toda rareza a la vez poderoso

sa y trivial, que al principio pasa inadvertida, que impresionó el corazón tanto como el espíritu y cuya fascinación, no bien se experimenta, agrega como una dimensión de misterio a la realidad. En uno de los últimos mensajes que me dirigió, dedicatoria de una edición colectiva de los "Manifiestos", aludía a nuestras "divergencias" (es su palabra) precisando: "A mis ojos, poca cosa"...

—Sin embargo, se alejó muy pronto de él...

R.C. —Sí, es cierto. Sobre todo a partir de 1938, cuando fundé con Michel Leiris y Georges Bataille el Colegio de Sociología.

—¿Qué buscaba usted por el lado de la sociología?

R.C. —Confieso que se trataba de una empresa vagamente antimarxista. Precisaré, sin embargo, que este antimarxismo no implicaba en modo alguno, al contrario, un compromiso político, digamos con la derecha. Simplemente esto: no soportábamos la reducción sistemática de la historia a un determinismo económico, es decir, a la lucha por la vida y a motivaciones estrechamente utilitarias. Para nosotros, entonces, no se trataba de discutir la legitimidad de esas motivaciones, pero nos parecían singularmente limitadas en comparación con los instintos de fasto, de juego, de vértigo, de prestigio que tienen una importancia enorme, incluso en el plano colectivo, y eso también fuera de la especie humana.

El Colegio de Sociología estudiaba esos instintos y esas pasiones y se empeñaba en explicar cómo pueden integrarse en fuerzas sociales. En Bataille, luego, la empresa tomó un giro místico y me incliné al estudio del mimetismo animal...

—No sin haber publicado previamente una "Descripción del marxismo" que le valió en ese momento bastantes enemigos...

R.C. —Debería haber puesto "marxismo", entre comillas... Entonces quería demostrar de qué manera una potencia geográfica como la Unión Soviética o una potencia política como la Internacional Comunista se sirven del marxismo como de lo que ellos mismos llaman una ideología, es decir del mismo modo que la burguesía se sirve de las suyas. Pienso que el hombre se envuelve o que la sociedad se rodea de una burbuja que impide ver las cosas tales cuales son —es decir, las cosas que están detrás de las palabras. Razona con cierto vocabulario, con cierta nomenclatura y no sobre las cosas, sobre lo que ocurre. A partir de eso, valores como la libertad, la elección o la responsabilidad pierden su sentido...

—¿Qué significan, entonces, esas palabras para usted?

R.C. —Creo que eso depende del nivel en que consideramos el universo. En las piedras, a causa de simples trepidaciones repetidas, se llega a un sistema de formas que se reiteran: las más comunes de las cuales son las de los diferentes cristales característicos de una especie. Naturalmente, no hay libertad. El hombre, ya sabe usted, está obligado a elegir a cada instante, está en el otro extremo del universo. En consecuencia, tiene una responsabilidad. Está comprometido en una dirección de la que puede apartarse o que en cualquier momento puede modificar. Pero no es completamente libre. No concibo libertad absoluta. Pienso que siempre hay causas y que cada causa traza un surco en el cual la libertad se va reduciendo sin cesar.

—¿Cree en el orden de las cosas? ¿En una verdad eterna y muda como la materia?

R.C. —Pienso que la verdad, la verdad del universo —que trato de cercar describiendo las piedras o los insectos o cualquier objeto que cae bajo mis ojos—, pienso que esta verdad total existe. Existe, pero es alterada en todo momento por las ideologías de las que antes hablábamos, por la profusión de las palabras, por este enorme cáncer representado por la escritura, el pensamiento y la filosofía, por el mundo cancerígeno de las bibliotecas, de los libros y de los periódicos: proliferación absolutamente ciega que impide ver la verdad.

Entendámonos bien, eso es lo que impide verla. Es un accidente local, muy local. Digamos que este accidente es el Occidente, aproximadamente. Le llamo Occidente no sólo a Europa sino a cualquier país, a cualquier lugar donde existan laboratorios, bibliotecas, fábricas, hospitales, que en eso se reconoce...

—Por momentos, se tiene la impresión de que odia el siglo en que vive...

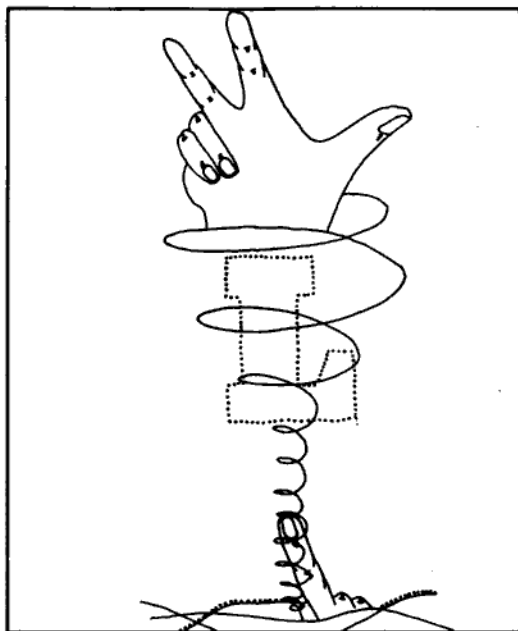
R.C. —En este caso no se plantea el asunto del amor o del odio. Sé muy bien que después de abirse este "paréntesis" ante mí, con el aprendizaje de la lectura, pertenezco de manera ineluctable a este Occidente. Sé que no puedo salir de él. Sólo que también sé que viviendo en un mundo que considero como una totalidad, una totalidad inextricable, la verdad en él es inaccesible porque una pequeñísima parte, infinitesimal, no puede tener una visión, incluso lejana, de la verdad del todo. Como miembro de una especie, la especie humana, tardía y provisoria y pasajera —no durará tanto como los dinosaurios—, estoy destinado al error. Todas mis búsquedas no son más que un pequeño párrafo agregado a esta biblioteca occidental que, de todos modos, me envuelve.

—En el siglo XVIII, ¿qué artículo le habría propuesto a Diderot para su Enciclopedia?

R.C. —No sé qué es lo que me habría impresionado más en el siglo XVIII pero hoy estoy fascinado por la historia de Newton y de su manzana. Newton habría descubierto la atracción universal mirando caer una manzana... ¡Es una idiotez! Todos hemos visto caer manzanas y él mismo había visto caer más de una... No es de ningún modo eso lo que lo deslumbró sino el hecho de que una manzana caiga y que la luna, en cambio, no caiga. Entonces, a partir de eso reflexionó y llegó a una teoría de la gravedad y a algo que combate la gravedad y la anula y que es la atracción.

El problema resuelto por Newton es el de la dificultad de combinar la gravedad y la atracción, lo que ha sido mal analizado con la fórmula de la manzana que cae. Su genio ha consistido en decir por qué la manzana cae y por qué la luna no cae. No pretendo que mi reflexión se hubiera detenido en esto, pero se hubiera detenido seguramente en una paradoja de ese género, porque mi espíritu es, fundamentalmente, no paradójico pero amante de las paradojas. Necesito una paradoja para reflexionar, es decir algo chocante.

Por ejemplo, me sorprende la moda de Heráclito, que me parece un filósofo completamente secundario, sobre todo porque no tenemos casi nada suyo, apenas fragmentos de frases. Tomemos la más conocida: "No nos bañamos dos veces en el mismo río"... ¡Heráclito pensaba exactamente lo contrario! Como todos los filósofos de la antigüedad, cree en el Gran Año, es decir que el universo recomienza sin cesar y que los astros se reencuentran en el mismo punto de partida. Es la opinión de Pitágoras,



de Platón, de Aristóteles y también de Heráclito. Pero, de creer en el Gran Año y en un tiempo cíclico que retorna, no sólo nos bañamos dos veces en el mismo río, sino que nos bañamos obligatoriamente innumerables veces.

Al margen de esto, habría escrito quizás varios artículos en la Enciclopedia, como he escrito varios libros, pero probablemente habría elegido temas de este tipo.

—¿Y si estuviera obligado a redactar una noticia autobiográfica para un diccionario, qué diría de usted?

R.C. —Siempre he mirado volar a las moscas, ya sean mariposas o ideas y tengo una especie de incapacidad, que por lo demás lamento, de fijarme en un único fin. Sólo que a medida que estudio temas inconexos, no emparentados, como las metáforas, las guerras, las sociedades, los sueños, me doy cuenta de que esta diversidad es convergente y que no es para tratar de explicar lo inexplicable sino para ir hacia la coherencia.

Si hay algo que me irrita es que se me define como racionalista: no soy racionalista en absoluto; pienso, por el contrario, que la razón es la suma de las opiniones recibidas y de los errores adquiridos. Pero la coherencia, justamente, es un sistema de ideas ligadas, movientes, devorantes. De modo que cada vez que algo me parece misterioso o paradójico, quedo imantado de inmediato, pero para incluirlo en la coherencia. Pero en ese momento la coherencia ha cambiado, se ha vuelto más amplia y más incluyente...

Hubiera querido ser un sabio, sólo que quizás ha sido una suerte para mí que no lo haya sido, porque entonces habría sido forzosamente especializado y no habría tenido esta especie de disponibilidad con respecto al misterio, a lo fantástico, a todo lo que sin hablar al menos resuena en el universo. Si no me hubieran hecho preparar el bachillerato greco-latino, y luego hecho estudiar filosofía, quizás hubiera llegado a ser un matemático, o si

me hubieran metido en el seminario, quizás hubiera llegado a ser teólogo.

En efecto, comparto totalmente la opinión de Borges: sólo hay dos ciencias exactas, la teología y la aritmética. Es evidente que se eligen postulados pero, una vez que se los ha elegido —en un caso la serie de números, en el otro la existencia de Dios, de un ser infinito y perfecto— no hay modo de escapar a las consecuencias que de ellos se desprenden.

—En los hechos, a pesar de su obstinado sentido del rigor, ama el vagabundeo intelectual.

R.C. —Sí, mi pensamiento siempre fue marginal. Quizás porque me di cuenta muy pronto de que la ciencia era demasiado cambiante, que un descubrimiento desplazaba al otro y que lo único estable era la intención que la sostenía.

—¿Su ingreso a la Academia francesa respondió a una necesidad de estabilidad?

R.C. —Siempre sospeché que mi elección había sido un doble malentendido, de su parte y de la mía, porque yo no estaba hecho en absoluto para eso... Pero había dos cosas que me atraían hacia la Academia. En primer lugar, la lengua francesa. Cuando escribo, no sólo hago muchos borradores, sino que además manejo cada palabra con un cuidado filatélico. Para mí es algo que no creo que se pueda tocar. El vocabulario no me importaría, es el metabolismo de la lengua —con esta restricción, sin embargo: no creo que una cosa importante pueda expresarse por una palabra de más de cuatro sílabas. Pero en cuanto a la sintaxis no, puesto que la sintaxis es el esqueleto de la lengua y el esqueleto hay que tocarlo con infinitas precauciones.

La otra cosa que me atraía en la Academia era su aspecto de institución liberal.

—¿Qué habría pensado su amigo André Breton si lo hubiese visto disfrazado de Inmortal?

R.C. —Creo que también él habría llegado a ser académico... No porque yo haya entrado allí —muy bien podría haber entrado antes que yo— sino porque teníamos muchos puntos en común, en cuanto a la sensibilidad y el gusto por la lengua. Además creo también que Breton era muy "institucional", que sentía mucho afecto por las instituciones liberales, es decir, las instituciones que no sirven para avasallar sino por el contrario para organizar una coexistencia de los contrarios.

En consecuencia, al entrar a la Academia francesa, no me defendí en mi discurso de mis orígenes surrealistas; al contrario, los subrayé.

—¿Qué imagen le gustaría que quedara de su obra, de usted mismo?

R.C. —Quizás y exclusivamente la de un poeta. La de un poeta que se atreve a decir: sólo hablo en mi nombre, pero como si cada uno se expresara a la par de mí en mis palabras. Quién puede atreverse a decir: me dirigo a un interlocutor invisible, pero de tal modo que cada uno pueda tener la ilusión de que mis palabras sólo se dirigen a él. Sí, eso es lo que traté de hacer... Confidencias impersonales de una sombra escondida a sombras anónimas...

*Traducción de Ida Vitale.

Publicamos esta entrevista por cortesía de *El Día* y *Le Nouvel Observateur*